

MÁS PERUANOS EN PARIS

Jorge Cuba Luque

Bajo el sencillo título de «Peruanos en París» Julio Ramón Ribeyro describió, en una crónica de 1957*, unos cuantos tipos de peruanos que poblaban aquel París todavía algo magullado por la última guerra mundial. Sin embargo, frenado por un *exquisito pudor* (sic), dio cuenta de apenas cinco ejemplos, los suficientes como para *no caer en el patetismo*, según sus propias palabras. Estos peruanos repertoriados por Ribeyro son: «el antichauvinista», «el coleccionista de países», «el que conoce París», «el artista pobre» y «el serio», todos ellos veraces exponentes de esa cosa múltiple que algunos intelectuales han dado en llamar «peruanidad».

El paisaje peruano en París ha cambiado considerablemente; hoy, para hacer las delicias de los más exigentes antropólogos, hay más y nuevos peruanos en la Ciudad Luz. Pero, antes de continuar, quizá sea pertinente recordar que allá por 1957 Francia hacía frente a un irreversible proceso de descolonización mientras que, en su capital, Sartre y sus amigos asistían cada tarde a su cita cotidiana en el Café de Flore para discutir sobre el ser y la nada. Por su parte, el Perú vivía, a ritmo de mambo, la década *apachurrante*: Manuel Prado había vuelto a ser elegido presidente e ingresado a Palacio en carroza, una vez acabada la *dictablanda* de Odría, «el general de la alegría». Lima, ya tristemente poblada por miles de gallinazos sin plumas, insistía en darle la espalda al resto del país y pronto la llamarían la horrible.

En los años 50 las principales motivaciones de los peruanos que venían a Francia eran los estudios, la aventura, la búsqueda de inspiración o, para los más sofisticados, el autoexilio. Hoy, la dramática avalancha de problemas sufrida por el Perú en los últimos tiempos ha reducido esta motivación en gran parte sólo a la de buscar mejores condiciones materiales de vida. Así, los peruanos que pueblan actualmente París (más de cinco mil, según fuentes oficiosas) ofrecen una mayor variedad de tipos que la censada por Ribeyro en 1957. Veamos algunos ejemplos.

Empecemos por el peruano anti-francés. Por lo general, lleva ya muchos años instalado en Francia. Personaje curioso, de

trato agradable, si usted se lo encuentra digamos en el *carrefour* de l'Odéon, no duda en invitarlo al café más próximo para hacerle ver los -según él- gruesos errores de organización del último Mundial de fútbol, así como el evidente favoritismo del arbitraje en beneficio de la selección anfitriona, tema del que pasará fácilmente al de las derrotas militares del ejército francés, a lo insulsa que es la canción francesa o a lo aburrido que es el cine galo. Para él, todos los *franchutes* -salvo las excepciones de rigor- son hipócritas y tacaños. Lo peculiar en este espécimen, asiduo lector del diario popular **Le Parisien**, y para quien los franceses son todos unos cochinos -lo que disimulan con el perfume- es que no tiene la menor intención de marcharse de Francia ni a mediano ni a largo plazo. Cosa extraña y hasta síntoma de masoquismo agudo, si tenemos en cuenta que ninguna ley ni problema judicial le impide alejarse de sus detestados franceses.

Otro tipo de peruano que, por así decirlo «destaca» en París, es el poeta, que hace años publicó un librito que algún amigo periodista reseñó buenamente en su periódico. Asiste a cuanto **vernissage**, presentación de libro o encuentro de escritores puede, por lo general tras haberse hecho invitar presentándose como un gran poeta del Perú. Esto lo sostiene, dado el caso, en sus rasgos andinos y en una presunta ascendencia incásica, aunque cuando está entre peruanos afirma no hablar quechua y haber nacido en Lima o, a lo mucho, en Arequipa. Contra la espiritualidad, generosidad y desinterés que uno suele esperar de un poeta, este vate se nos presenta pretencioso, calculador y desconfiado. Guarda para sí con extremo celo sus «contactos», por ejemplo el número de teléfono de algún traductor famoso, olvidando que cualquiera puede encontrar ese número en la guía telefónica. Lo triste en él es que cuando está embriagado se pone a hablar de su libro (del publicado y de otros por escribir), y en su mirada empieza a traslucir un profundo odio hacia los otros poetas peruanos que viven en París, en el resto de Europa, en el Perú, y en el mundo entero.

El seductor de francesas. En el Perú no tuvo mucha suerte con las casquivanas congéneres de la Perricholi. Su falta de dominio del castellano (por ejemplo, dice «pe» en lugar de «pues», «sesta» en lugar de «secta»), sumada a su falta de dominio del francés hacen de él, por lo menos ante los ojos y oídos de las más diversas francesas (lo mismo cajeras de restaurantes que profesoras universitarias) un bicho realmente simpático, algo entre bobo y bruto bonachón, aunque nuestro peruano asegura que su éxito como seductor se debe a su

audacia para ir de frente *al grano*. En todo caso, suele ser deportista, trabajador y servicial. Lo único molesto en él es que cuando uno le comenta que anda sin pareja o que ha terminado con la novia, nos abrumba de paternalistas consejos para conseguir en el término de la distancia una francesa *que esté buena*.

Tenemos también al peruano huidizo. Para empezar, uno no sabe bien si es de derecha o de izquierda, pro o antigubernamental, hincha de Alianza o de la «U» pues algunas veces dice blanco y otras negro aunque, por lo general, gris. Lo mismo se le ve en las recepciones de la Embajada que alimentando la chismografía de la oposición. Anda siempre apurado y casi nunca se puede conversar con él más de cinco minutos seguidos, pues justo tiene que ir al aeropuerto a recibir a un diputado peruano de paso por Europa, volver a casa porque espera una llamada urgente de Lima o debe buscar unos datos para un amigo que trabaja en la UNESCO. En fin, es inasible, pero da gusto verle la autosatisfacción marcada en el rostro cuando interviene en alguna conferencia sobre temas peruanos, latinoamericanos o mundiales y nos regala su sapiencia sobre asuntos tales como la literatura urbana en el Perú, el problema de Chiapas, las relaciones entre la Unión Europea y Latinoamérica o, ¿por qué no?, el futuro de la humanidad.

El estudiante eterno. Nos asegura que ya estudiaba en la Sorbona en mayo de 68, y que participó en el mítico levantamiento estudiantil de ese año. Dice haber sido compañero de estudios de más de un presidente peruano y de muchos ministros, diputados y escritores que vivieron en Francia, a varios de los cuales afirma haber alojado en su **chambre de bonne** durante algún invierno particularmente cruel, pero que una vez de vuelta en el Perú, «esos ingratos nunca me mandaron ni una postal». Tiene en su haber un par de tesis doctorales y se ha divorciado otras tantas veces, posiblemente nunca ha trabajado en Francia, anda con guapas chiquillas, suele estar ajustado de dinero, conoce París y su historia a la perfección, se cuele en el **métro** sin inmutarse. Por otro lado, se considera progresista, almuerza desde siempre en los restaurantes universitarios y hace años que cuenta que está por publicar un libro. Su naufragio en París es sencillamente inexplicable.

El que no frecuenta franceses. Pertenece a una categoría de peruanos bastante numerosa, sin duda producto de la honda crisis nacional. Es lamentablemente inculto, sólo frecuenta latinoamericanos, vive en Francia como pudo haber vivido en

cualquier otro sitio donde hubiera encontrado trabajo. No habla francés, no se pierde una fiesta salsa (últimamente numerosas en la Ciudad Luz), es un gran bailarín y buen peleador; trabaja duramente como albañil y, algo notable, con el fruto de su trabajo ayuda a su familia allá en el Perú. Su mayor gratificación en el exilio son las cervezas, que comparte sin regateos cada sábado con sus amigos.

Y hay tantos más, la lista sería interminable. Abordar cada caso sería caer en el patetismo, como apuntó Ribeyro. Qué decir, por ejemplo, del peruano al que le encanta enviar cartas abiertas a la prensa cada vez que el gobierno en Lima hace o deja de hacer algo, o del que ya se olvidó del Perú, del que tiene buenos contactos, del que se casó con una francesa millonaria, del que se cree un gran escritor, del que no se junta con otros peruanos, del que no tiene permiso de residencia, del que confía en el futuro del país, del pintor que anda por todo sitio con su **press-book**, del que se cree original e irresistible, del afrancesado, del músico andino, etc. En fin, todo un complejo universo humano que, de alguna manera, ha llevado a la práctica la frase que Bryce Echenique atribuye en una novela al presidente Manuel Prado: vender el Perú que es tan grande y feo, y comprarse un país chiquito al lado de París.

*Compilada en **La caza sutil**, Ed. Milla Batres, Lima 1976.